

Salía a la calle,
Iba por el monte, descendía al valle,
Entraba a las casas y le daban algo
De comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
Dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
Desapareció, tornó a la montaña,
Y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez, sintióse el temor, la alarma,
Entre los vecinos y entre los pastores,
Colmaba el espanto los alrededores,
De nada servían el valor y el arma.
Pues la bestia fiera
No dió treguas a su furor jamás,
Como si tuviera
Fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
Todos le buscaron con quejas y llanto,
Y con mil querellas dieron testimonio
De lo que sufrían y perdían tanto
Por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.
Se fué a la montaña
A buscar al falso lobo carnívero,
Y junto a su cueva halló a la alimaña.
—«En nombre del Padre del sacro universo,
Conjúrote, dijo ¡oh, lobo perverso!
A que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho».
Como en sorda lucha, habló el animal,
La boca espumosa y el ojo fatal:
—«Hermano Francisco, no te acerques mu-
[cho...

Yo estaba tranquilo allá, en el convento,
Al pueblo salía,
Y si algo me daban estaba contento
Y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas
Estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
Y en todos los rostros ardían las brasas
De odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
Perdían los débiles, ganaban los malos,
Hembra y macho eran como perro y perra,
Y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
Y los pies. Seguía tus sagradas leyes.
Todas las criaturas eran mis hermanos,
Los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
Hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera,
Y su risa fué como un agua hirviente,
Y entre mis entrañas revivió la fiera
Y me sentí lobo malo de repente,
Mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
A me defender y a me alimentar,
Como el oso hace, como el jabalí,
Que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
Déjame existir en mi libertad,
Vete a tu convento, hermano Francisco,
Sigue tu camino y tu santidad».

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
Y partió con lágrimas y con desconsuelos,
Y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
Que era: *Padre Nuestro, que estás en los*
[cielos...

Rubén Darío

(De *Mundial, Magazine* de venta en la
«Lectura Barata», de Falcó, Zeledón & Cía.)

Una sonrisa

Tengo delante, parpadeando tímidamente en el blanco fondo del párpado, el rostro deformado de esta mujer. Quién es ella? De dónde viene? Por qué insiste en mirarme? La primera vez que la encontré, me produjo ese calofrío nervioso que provoca en ciertas personas la contemplación de una herida profunda, un lamento desesperante, o la proximidad de una catástrofe irremediable. Su edad puede muy bien extenderse entre los dieciocho y veinticinco años.

Su nombre puede ser cualquiera: Eulalia, Antonia, Piedades, siempre que al nombre corresponda una frente estrecha y manchada, unos ojos glaucos en marco sanguíneo, una nariz enorme y unos labios carnosos y rudos. Hay, sin embargo, un extraño detalle en este horrible conjunto: una sonrisa dulce, una sonrisa leve, una sonrisa tímida que se alarga al mundo y a la vida como un ruego, como una súplica, como la mano vacilante de un mendigo implorando un men-